

PR6511

A.17

1852



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

IMPRESA DE DAVID, calle de Cadena n. 19.

LIBRO PRIMERO.

TERNEZAS Y FLORES.

LA NIÑA Y LA MARIPOSA.

Va una mariposa bella
Volando de rosa en rosa,
Y de una en otra afanosa
Corre una niña tras ella.

Su curso, alegre y festiva,
Sigue con pueril afán,
Y con airoso ademán
La mariposa se esquivo.

A veces con loco intento
Quiere hacer presa en sus galas,
Y en vez de tocar sus alas,
Toca las alas del viento.

Y su empeño duplicando,
Cuanto más corre afanosa,
Mas leda la mariposa
Va su inocencia burlando.

La ciñe en rápido giro,
Y al ir á cojerla esbelta,
Por cada vez que se suelta,
Suelta la niña un suspiro.

Mas sin ceder en su anhelo,
Presta una, y la otra lijera,
Ni una acorta su carrera,
Ni la otra amaina su vuelo.

Y vagan embebecidas,
Sin sentir indiferentes
Ni el són de las claras fuentes,
Ni el de las auras perdidas.

Ni los pájaros que espantan,
Entre las ramas divisan,
Ni ven las flores que pisan,
Ni oyen las aves que cantan.

Y mientras éstas cantando
Siguen con plácido estruendo,
La niña sigue corriendo,
La mariposa volando.

—Amaina el vuelo sereno,
Mariposa,
De quien es albergue el seno.
De la rosa.

¿Por qué en tal dulce ocasión
Vas sin tino
Huyendo así la prisión
De lazo tan peregrino?

Reina de las blandas flores,
Sus enojos
No temas, ni los ardores
De sus ojos,
Porque ese puro arrebol
Que enamora,
Si es luciente como el sol,
Es tierno como la aurora.

Entre mil palmas no hay talle
Mas galano,
Ni azucena en todo el valle
Cual su mano.
No oirás de su voz divina
La dulzura,
Ni en el ruiseñor que trina,
Ni en el raudal que murmura.

Aprende el aura á ser leve
De su planta,
Y para formar con nieve
Su garganta,
Le dió el cisne el atavío
De su pluma,
Lumbre la aurora, y el río
Su plata, cristal y espuma.

No sigas mas la inconstante
Mariposa,
Enamorada y errante
Niña hermosa,
Que al fin vendrá á ser cautiva
De tu llama,
Si aun amorosa, aunque esquivo,
La luz de los cielos ama.

Y aunque aspira de mil flores
La fragancia,
No imites en tus amores
Su inconstancia;
Que al fin de tanto vagar,
Suele, hermosa,
Entre las flores hallar
La yerba mas venenosa.

Imita solo su vuelo,
Pues serena.

Jamás, niña, toca el cielo,
Ni la arena.
Quien se humilla ó sin razon
Subir quiere,
Muere á manos de un alcon,
Si á las de un áspid no muere.

Mas ¡ay! que vas en pos de ella
Vagarosa,
Sin escuchar mi querella,
Niña hermosa.
Sigues con presteza tanta
Tu contento,
Que así encomiendas tu planta,
Como mi súplica, al viento.

Y en tan inocente afán,
Como su gusto entretienen,
Así vagabundas vienen,
Y así vagabundas van.

A veces en su embeleso
La mariposa al pasar,
Suele fugaz estampar
Sobre su mejilla un beso.

Y rauda su vuelo alzando,
La niña de ángel blasona,
Al trazar una corona,
Sobre su frente girando.

Y siguen acordemente
La mariposa en sus giros,
La niña con sus suspiros,
Con sus rumores la fuente.

Vagan los aires suaves
Formando dobles acentos,
Y al grato son de los vientos,
Siguen cantando las aves.

Y entre tanta melodía,
Tanta corriente murmura,
Que es todo el aire fresca,
Aroma, luz y armonía.

Y susurrando congojas,
Prosiguen mintiendo quejas,
En el pensil las abejas,
Y en la enramada las hojas.

Y tiernas flores hollando,
Y frescas auras batiendo,
La niña sigue corriendo,
La mariposa volando.

LA FLOR DEL VALLE.

IMPRESIONES DE UN DIA DE VIAJE.

Flor columpiada entre abrojos,
Que en tan apacible calma
Trocando estas mis enojos,
Tanto me encantas el alma
Cuanto suspendes mis ojos....

Y no para mi tormento
Quieras divertir mi intento
Que asaz divertido está;
Deja á un triste que en el viento
Sembrando ilusiones va.

Y aunque hácia tí me encamina
Tu purpurino arrebol,
Déjame, flor peregrina,
Que trasponga esa colina
Antes que ese monte el sol.

Porque en mi amante locura
Comparándote á mi bien,
Al lado de tu hermosura
Me hallara la noche oscura,
Y el claro día tambien.

Huyendo voy del amor
Y de sus templadas iras;
Si voy ó no con dolor,
¡Bien claro lo miras, flor,
Si es que á los ojos me miras!

¡Cual en un pecho aflijido
La ya adormecida holganza
Despierta un valle florido,
Y mas cuando está vestido
Del color de la esperanza!

¡Qué dulce si canta un ave
Con tierno y sentido afán!
¡Si forma el aura suave
Sonidos que nadie sabe
Si cruzan, vienen ó van!

Y cómo el alma enajena
El agua murmuradora,
Cuando, al tumbarse serena,
Roba las conchas sonora
Rodando sobre la arena!

¡Qué regaladas dulzuras
La queja en el alma deja
De aquellas tórtolas puras,
Pues se dicen mil ternuras
Para decirse una queja!

Y los sentidos atentos
A tan deliciosos sonos,
¡Oh! ¡cómo escuchan contentos
Las acordadas canciones
De los acordados vientos!

¡Bien hayas, pintada flor,
Gloria del pintado Abril,
De tan delicado olor,
Que estiende el aura sutil
Con tus olores, tu honor!

Los rayos del sol te doran;
Por tí las aves suspiran;
Los céfiros te enamoran;
Y los viajeros te admiran,
Si las serranas te adoran.

Te prestan són los ambientes,
El plácido Abril sus galas,
Ruido las mansas corrientes,
Oro las rubias zagalas,
Plata las serenas fuentes.

Te arrulla el árbol sombrío,
El alba aljófár te llora,
Te dá la noche rocío,
Perlas y espumas el río,
Luz y diamantes la aurora.

Y al valle tu olor prestando,
Con muelle calma estás viendo
Cruzar por el aire blando,
Ya las tórtolas gimiendo,
Ya las alondras cantando.

Y en dulce tropel hirviente
Livianos los ecos luchan,
Fatigando el manso ambiente,
Por repetir dulcemente
Lo que dulcemente escuchan.

Y los sentidos atentos
A tan deliciosos sonos,
¡Oh! ¡cómo escuchan contentos
Las acordadas canciones
De los acordados vientos!

—Al ver tanto bien, mi estrella
Me acuerda los que gocé
En el regazo de aquella
Que loco por bella amé,
Y me despreció por bella.

No es la luz de la mañana
Cuando del valle lozana
Las plácidas flores pisa,
Tan hechicera y galana
Como su dulce sonrisa.

Tanto se hace de temer
El oro de sus cabellos,
Que menos es menester
Que el que ellos se dejen ver,
Por ser esclavo de ellos.

Y mas el alma enajena
Que el agua murmuradora,
Porque es su voz seductora
Como las auras serena,
Como las fuentes sonora.

Tiene, si el alba blancura,
Nieve su pecho gentil,
Como las palmas fresca,
Cristales su frente pura,
Coral su boca y marfil.

Es de las serranas diosa,
Dulce afán de los pastores,
Tierna amiga de la rosa,
Hermana del alba hermosa,
Reina de las bellas flores.

¡Triste, y con turbado intento,
De todas mis dichas hoy
Me alejo, y de mi contento!....
Por eso, flor, en el viento
Sembrando ilusiones voy.

—Adios; y no estrañes, flor,
Que mis amores te cuente,
Porque no hay placer mayor
Como el placer que se siente
Contando cuitas de amor.

En prueba de mi ternura,
Para aliviar mis dolores,
Toma esta lágrima pura,
A ver si una vez natura
Me dá por lágrimas flores.

Mas si nacieran así,
Fuera, según la abundancia
Con que salieron de mí,
Todo un pensil la distancia
Que media desde ella á tí.

Y así su són los ambientes
Te den, y el Abril sus galas,
Ruido las mansas corrientes,
Oro las rubias zagalas,
Plata las serenas fuentes.

Y al valle tu olor prestando,
Con muelle calma estás viendo
Cruzar por el aire blando,
Ya las tórtolas gimiendo,
Ya las alondras cantando.

—Y adios; que turbio ilumina
El vespertino arrebol;
Déjame, flor peregrina,
Que trasponga esa colina
Antes que ese monte el sol.

A LA LUZ.

SILVA PRIMERA.

LA MAÑANA.

Ya la luz matutina
Fantástica, riente,
Se asoma peregrina
Por el rosado Oriente,
Y rica y esplendente
Entre risas y perlas se avecina.
En las auras, pasando,
Sus levísimas huellas,
Lijera va estampando,
Las nubes matizando,
Estas de nieve, de carmin aquellas.
Ya las tiñe nevada,
Riendo bulliciosa,
Ya en sus limpios vapores,
Partida en mil colores,

Las esmalta rosada,
Bella si colorada,
Pero si blanca hermosa.
Y así pasando leve,
Fugaz de nube en nube,
Pisando veleidosa
Con su fúlgida huella,
Esta con piés de nieve,
Con piés de rosa aquella,
La luz de la mañana
Por el Oriente sube,
Derramando lozana
Con gratá confusion jazmin y rosa.

Su colorada lumbré,
Como tapiz galano,
Desde la aérea cumbre
Del mas alzado monte
Tiende risueña hasta el florido llano.
Y discurriendo esquiva
Por el vago horizonte,
Entre sombras y lejos
Tiñe con sus reflejos
La niebla fugitiva;
Y así con raudo vuelo
Sus vivos resplandores
Cruzan el ancho cielo,
Cegando estrellas y dorando flores.

Las despeñadas fuentes
Su venida celebran
Hirviendo transparentes,
Y con bullir sonoro,
Entre las guijas de oro
Cuajando espuma, sus cristales quiebran.
El amoroso bando
De céfiros suaves
Va por el valle errando,
Sin fin multiplicando
Los dulcés ecos de las dulces aves
Saludan la alborada
Los arroyos corriendo,
Los pájaros trinando:
Aquellos las orillas
De perlas guarneciendo,
Y estos al aire blando
Plumias y sonés dando.

Lijeras á su luz corren las fuentes;
Solicitas susurran las abejas:
Los céfiros murmuran transparentes,
Y los olmos también, que entre sus hojas
Las tórtolas cobijan,
Que gimiendo dolientes,
Ya ecshalan de dolor tiernas congojas,
Ya repiten de amor plácidas quejas.

Anuncian su venida
Las auras murmurando,
Los árboles sus cúpulas meciendo,
Las ovejas estáticas balando,
La mar sonora con su ronco estruendo,
Con sus lánguidos sonos los ambientes,
Con sus cantos los dulces ruseñores,

Bajando de los montes las corrientes,
Subiendo de los llanos los pastores.

El prado su verdura
Le ofrece cuando huella sus alfombras,
Espejo el agua pura,
Los arboles sus sombras,
Los montes su frescura,
Y perlas y colores,
Verdor y aroma las modestas flores:

—¡Celeste emanacion, reina del dia!
Aunque en silencio mudo,
Si te veo ahuyentar la noche umbría,
Yo tambien te saludo
Con toda la efusion del alma mia.

Ven, luz resplandeciente,
Cruzando el éter con serena calma,
Porque las negras sombras
Que en el turbio Occidente
A tu aspecto cobardes se apiñaron,
Impuras me dejaron
Sin paz los ojos, sin sosiego el alma.
Vea hundirse en el lóbrego Occidente
Esa turba de nieblas malhadada
En confuso tropel, y sean nada
Al dulce albor de tu serena frente.

Deshaz las sombras, portadoras antes
De regalados sueños,
Y que en sus alas de vapor flotantes,
Me traen hoy fatídicos ensueños.

Obscurece en tu espléndido camino
Las pálidas estrellas,
Porque no dude entre ellas
Cuál la estrella será de mi destino.
Llévate en pos la desmayada luna,
Que tristes para mí sus rayos fueron,
Pues mil promesas por su faz me hicieron;
Y nunca ¡oh luz! se me cumplió ninguna.

Apaga esplendorosa
De fuegos fátuos los siniestros brillos,
Que las alas hendiendo
De la nocturna brisa,
Van la amarga sonrisa
De espíritus maléficis mintiendo:

Alumbra los torrentes;
Que al escuchar sus desacordes ruidos;
Bañado en tierno llanto,
Creí que violentos
Los encontrados vientos,
Arrastraban la fúnebre carroza
Del erizado espanto.

Y rica de colores,
Y pródiga de rosas y jazmines,
Matiza los vapores
Que pueblan los ambientes,
Porque henchidos de cándida pureza,
Imiten relucientes
Las alas de los blancos serafines.

SILVA SEGUNDA.
EL MEDIO-DIA.

Descompuesta en cambiantes
Por el éter resbalas,
Serena luz del cielo,
Con ilustre decoro,
Tendiendo en manso vuelo
Las relucientes alas
Que engalanan, vistosas,
Topacios y diamantes,
Como tu albor brillantes,
Y fúlgidas y hermosas
Ricas cenefas de amaranto y oro.
Cándida fulgurando
Tus rayos esplendentes,
Vas en tu curso blando
Serena matizando
Las auras lisonjeras
Con visos transparentes,
Y limpia reverberas
Si en los aires azul, blanca en las fuentes.

Luciendo esplendorosa
La atmósfera enriqueces,
A veces de oro y rosa,
De nieve y grana á veces;
Y al repartir galana
Ya el oro, ya la nieve,
Ya la encendida grana,
Con mágicos vislumbres
Bordas, pasando leve,
De plata el ancho mar, de oro las cumbres.

Y pura y rutilante,
Desde tu claro asiento
Con vagos resplandores
Esclareces brillante
La tierra de colores,
Si de llamas el viento;
Y arrastrando lumbrosa
De blancos arboles
El escuadron lucido,
Cruzas el aire de tu gloria henchido,
Con alas de jazmin y piés de rosa.

Alzas el vuelo ardiente
Hacia el cenit radiante,
Y en él vivificante
Blanca te enseñoreas,
Y con lijero paso,
Desde el risueño Oriente
Hasta el ceñudo Ocaso,
Tu corte luminosa
En alas de tu ardor libre paseas.
Y al fogoso ardimiento,
Aunque fogoso, grato,
De tu abrasado aliento,
Con magnífica pompa y rico ornato
Arden los bosques y se enciende el viento.

Natura, fascinada
Al dulcísimo paso
De tan puro embeleso,

Se aduerme sosegada.
Ni balan las ovejas,
Ni las hojas se mueven,
Ni las volantes auras
Á murmurar se atreven.
Se ostentan en sus tallos
Inmóviles las flores;
Tendidos á las sombras,
Del soto en las alfombras
Se mira á los pastores.
Mudos callan los ecos,
Las diáfanas corrientes
Débil rumor levantan;
Y con blando reposo
En éstasis sabroso
Ni el aura aspira, ni las aves cantan.

Tal vez en la espesura
El céfiro despierta
Para tejer doseles
De rosas y claveles,
Porque en la frente pura
Del clavel y la rosa
Se mitigue la saña
De la luz enojosa,
Cuando estival con profusion nos baña.

Cruzando perezosos
El prado los insectos,
Los rayos luminosos
Con lánguido desmayo
Embelesados miran,
Y mil átomos giran
En torno al resplandor de cada rayo.

A flor del agua pura
Los peces se levantan
Desde el profundo asiento,
Y rápidos quebrantan
Su límpida clausura
Con presto movimiento.
La tersa superficie
Se muestra delicada
Partida en cien espejos,
Y el aire matizando,
Bellísimos reflejos
Irradia colorada.
En la fuente serena
Se mira rodeado
Cada grano de arena
De puros arboles,
Y en fingido traslado
Cada gota gentil miente mil soles.

Los ánades sus alas
Sobre las aguas tienden,
Que cual lustrosos prismas
Mil colores desprenden;
Y ya azul, ya rosada,
Ya de color de nieve,
Sutilísima, leve,
La luz brillando, salta
De sus flotantes plumas,
Y blanca y azulada,

Y de color de rosa,
Y espléndida y hermosa,
Lijeramente esmalta
Las bullentes y cándidas espumas.

Pulidos reluciendo
Los purpúreos corales,
Los nácares y conchas
Y perlas orientales,
Con fúlgida armonía,
Espléndidos parecen
Los blancos arenales
Alfombras de brillante pedrería.

La meridiana lumbre
Su planta esplendorosa
Sobre las nubes sienta,
Y allá en la escelsa cumbre
La frente nacarada
De zafiros ornada,
Con pompa, majestad y orgullo ostenta.

Vertiendo ardor fecundo,
Con piés de rosicler bordando flores,
La luz que tanto adoro
Con leves alas de oro
El claro vuelo sigue, henchiendo el mundo
De arboles y llamas,
Y reflejos y visos y colores.

—Serena luz: ¡qué hermosa,
Arrastrando tu séquito lucido,
Cruzas el aire, de tu gloria henchido,
Con alas de jazmin y piés de rosa!

Por eso arrebatadas
Por beber de tus rayos celestiales
La benéfica lumbre,
Rápidas hienden la celeste cumbre
En vistoso tropel las garzas reales.

Por eso transparentes
Caminando las fuentes
Con sosegadas huellas,
Ni murmuran querellas,
Ni arrojan perlas, ni rumor levantan;
Y sin duda por eso
Adormidas con mágico embeleso,
Ni el aura aspira, ni las aves cantan.

¡Oh! corona la esfera
Del ardimiento grato
De tu abrasado aliento,
Porque al fulgor de tu imperial carrera,
Con magnífica pompa y rico ornato,
Arden los bosques y se enciende el viento.

SILVA TERCERA.

LA TARDE.

Con agradable paso,
Dulce, adorada lumbre,
El noble señorío

Cedes del cielo raso
Al resplandor sombrío
De las rubias estrellas,
Y plegando tus alas
En grata mansedumbre,
Recojes ¡ay! con ellas
Tu hermosa espléndidez y ricas galas.

Ornada de rubíes
Hundes la tierna frente
En la mar encendida,
Y con franjas vestida
De rojos carmesíes,
Retocas levemente
La mar de verde y plata,
De azul el ancho cielo,
Y, con lucido vuelo,
Las nubes de escarlata,
Y de esmeralda el suelo.

De las escelsas vías
Lijera te desprendes,
Y si al nacer subías
De nube en nube osada,
Ya mustia y desmayada,
De una en otra descendes,
Y en las verdes alfombras
De los profundos mares
Tu manto real descolorida tiendes,
Cegando luces y engendrando sombras.

Con plácido desmayo
Su incendio peregrino,
Ya débil, mortecino,
Se apaga rayo á rayo;
Y leve y rubicunda,
De su fulgor escaso
Débilmente se inunda
El esplendente Ocaso;
Y fulgurando triste,
De la atmósfera vana
El transparente manto
Lijeramente viste
Con pálidos reflejos,
Ya aquí de rosa y grana,
Ya allá de nieve y rosa,
Acullá de amaranto,
Mas lejos de oro, y de jazmin mas lejos.

Huminado apenas
El cárdeno horizonte
Con ráfagas serenas,
Ríe esplendorosa
Colorada en el monte,
Rica en los cielos, y en la mar hermosa.

¡Cómo están despidiendo
Del rojo sol las postrimeras lumbres
Con desacorde estruendo,
Balando los rebaños por las cumbres,
Por los valles las tórtolas gimiendo!

Y en alas de los céfiros suaves
Formando bandas, por los aires, bellas,

¡Oh! ¡cómo en pos de sus brillantes huellas
Rápidas van las altaneras aves!

Con lúgubre gemido
Solloza el manso viento,
Es un ¡ay! cada ruido,
Cada voz un lamento.

Los árboles sus cúpulas frondosas
Con verde pompa y majestad inclinan,
A impulso de las auras sonoras
Que hácia el Ocaso tras la luz caminan.

Si alza la noche su atezado manto,
La luz huyendo, sus horrores dobla;
Si gime un ave en dolorido canto,
El eco gime, y su planir redobla.

Quejas levanta al murmurar doliente
Fugaz el aura en apacibles giros,
Y al trasmontar la luz, son de la fuente
Las aguas llanto, y el rumor suspiros.

¡Ah! no es así cuando á los frescos llanos
Bajan al alba en celestial decoro
Sílides blancas, que con rubias manos
La aurora ciñen con guirnalda de oro.

Plácida entonces sin rumor aspira
Lijera el aura despertando olores,
Y regalada del frescor, respira
Amor la selva, y la pradera amores.

La niebla entonces por el manso viento
Se adorna de los rayos matutinos,
Y entonces se oyen con sabroso acento,
En vez de quejas, amorosos trinos.

—Sombras, que osadas hácia el rubio Ocaso
Camináis tristemente,
Tardías refrenad el negro paso;
Que aun brillan, cual lucientes atalayas,
Del yerto monte las robustas hayas.

Refrenad, bando impuro,
El paso acelerado,
Templando los horrores
De vuestro manto obscuro;
Que aun miro alborozado,
Del claro sol al resplandor propicio,
Si alfombras huella de olorosas flores,
Ó la orilla tal vez de un precipicio.

No importa que de estrellas,
Al parecer tan bellas,
Bordeis esplendorosas
Las alas tenebrosas;
Sus pálidos reflejos
Son mentidos espejos;
Y el brillo afrentan de las mas preciosas
Las falsas piedras, si se ven de lejos.

—Mas ¡ay! que con tu corte refulgente,
Luz de mis ojos, te abismaste en tanto....
¡Por qué, si al trasmontar, son de la fuente
Ayes los sones, y las aguas llanto?

Vuelve otra vez, porque á los frescos llanos
Bajen al alba en celestial decoro
Sílides blancas, que con rubias manos
La aurora ciñan con guirnalda de oro.

Vuelve, y que entonces sin rumor aspire
Lijera el aura despertando olores,
Y regalada del frescor, respire
Amor la selva, y la pradera amores.

LA GUIRNALDA.

Dar pretendo á la mas bella,
Que menos sepa de amores,
Una guirnalda de flores,
Y mi corazón con ella.

Niñas de los ojos bellos,
Al triunfo optad las primeras,
Si al par contáis hechiceras
Las gracias y los cabellos.

Venid sin vanos aliños
Con ella á ser coronadas,
Hermosas como las hadas
Con quien soñamos de niños.

Palma del mejor modelo
Será esa guirnalda hermosa,
Que al aire ondea graciosa,
Mintiendo el iris del cielo.

Listadas de azul y gualda
Sus bellas flores nacieron;
Jamás las gracias tejieron
Tan peregrina guirnalda.

Ved las auras amorosas
¡Cómo vagando la mecen!
Ved ¡qué conformes parecen
Entre los lirios las rosas!

Con los azares distinto
Junta el clavel su carmin,
Y entre jazmin y jazmin
Salta el color del jacinto.

¡Cómo en la tierna guirnalda
Concuerdan con dulce agrado
Con el matiz mas nevado
La mas subida esmeralda!

¡Y cuán gallardas las flores
Dan, con gentil movimiento,
Capullos y hojas al viento,
Frescura, esencia y colores!

Si alguna, entre tanta bella,
Aspira al dón soberano,
Levante airosa la mano,
Y ciña su sien con ella.

Mas cuide no se la ciña,
Sin ser de beldad modelo,